



MIRADAS EVANGÉLICAS

Guiones de oración para la Cuaresma 2020 al hilo de la Asamblea Diocesana

Estos **guiones orantes, basados en miradas evangélicas**, son una invitación a acercarte a la frescura del Evangelio para tener encuentros orantes con Jesús. La Palabra es siempre viva y eficaz, impregna con su belleza la oración y la vida entera.

“La mirada evangélica nos debe ayudar a comprender este encuentro como un acontecimiento que nos transforma y que nos sitúa ante una disyuntiva: o seguirle o prescindir de su compañía y de su interpelación. La respuesta creyente implica una adhesión total a la persona de Jesucristo, es decir, el seguimiento como discípulos misioneros” (Cuaderno 1, p. 9).

Intentan ser una concreción del **cuaderno primero de la Asamblea Diocesana: CAMINEMOS ALEGRES CON JESÚS. La alegría de creer hoy: renovar el encuentro con Jesús.**

La alegría de creer hoy:
renovar el encuentro con Jesús

CUADERNO 1

Nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús. Nada es tan consolador como recorrer los encuentros que Jesús tuvo con personas sencillas, enfermas, pecadoras, buscadoras de vida. Si todos ellos buscaron a Jesús, mucho más los buscó Jesús a ellos.

En Jesús encontraron la esperanza. “Esperaron contra toda esperanza” (Romanos 4,18). Ahora dan razón de la esperanza, caminan orientados hacia la luz, con los ojos levantados hacia el horizonte.

“La fe cristiana es ante todo un encuentro personal con Jesucristo, porque ÉL ESTÁ VIVO. No vivimos la fe como el recuerdo de un personaje del pasado, sino como una relación existencial con un Tú, el Resucitado, que sale a nuestro encuentro en el camino de nuestra vida. Esto lo indicaba con palabras claras el papa Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.» (Deus caritas est, 2)” (Cuaderno 1, p. 9).

En esas fuentes estás invitado a beber. Tú también puedes orar con su oración. Los dones del Espíritu nunca son de propiedad privada. Tú también, como ellos, puedes impulsar en tu ambiente procesos de esperanza.

“El camino sinodal exige de nosotros profundizar en esta experiencia, que se alimenta de la escucha de la Palabra. Objetivo fundamental de la Asamblea Diocesana es vivir la fe en una Iglesia sinodal, en la que todos hablamos y nos escuchamos para discernir en común los caminos del futuro. Pero para ello debemos ponernos todos ante la Palabra de Dios, reviviendo la experiencia de Betania, la casa donde se da tiempo a la Palabra y a la escucha, de modo prolongado, sin prisa (cf. Lc 10,39)” (Cuaderno 1, p. 9).

“De este modo podemos acercarnos a la dinámica del encuentro con Jesús tal como aparece en los Evangelios. Los Evangelios narran diversos encuentros de Jesús con personas muy distintas y en circunstancias diversas. Estos relatos deben iluminar nuestra experiencia personal y comunitaria en la actualidad. Arrancaremos de la experiencia de los discípulos de Emaús, que es el punto de partida de la Carta Pastoral con la que nuestro arzobispo nos convocaba a esta Asamblea diocesana: «El proceso que experimentaron los discípulos puede ser el icono de nuestra conversión pascual y el comienzo de una nueva etapa pastoral de nuestra diócesis, después de reflexionar, compartir, orar juntos y abrirnos confiadamente al Espíritu de Jesús»” (Cuaderno 1, pp. 9 y 10).

1. ESPERA INCANSABLE DE SIMEÓN Y ANA. DE LA ESPERANZA A LA ALEGRÍA. Lc 2,22-40.

Agradece este momento. Puedes comenzar este momento haciendo sobre ti la señal de la presencia: *En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.* Es una gracia muy grande que puedas mirar con atención amorosa tu vida. No tengas prisa, que adonde tienes que llegar es a ti mismo. Regálate un poco de silencio y soledad: resulta imprescindible para que seas consciente del encuentro de Jesús contigo.



Si te ayuda, pregúntate: Llevo mucho tiempo en torno a ti, Señor, De diferentes maneras he estado metido en cosas que tienen que ver contigo. Pero ¿me he encontrado contigo? ¿Te has encontrado conmigo, cara a cara?

Acércate a mirar. Puedes leer despacio Lucas 2,22-40, entero o en forma más breve. Trata del encuentro con Jesús de dos ancianos, que esperaron lo increíble hasta que lo vieron.

Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios.

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Te puedes fijar en estos detalles o en otros que tú encuentres. Medítalos en tu corazón.

- Observa el icono de María Madre que va al templo con el niño en brazos.
- Dos ancianos, que conocen el arte de vivir con Dios, les salen al encuentro. El Espíritu Santo está en ellos. (Puedes recordar a personas que tú conoces y que viven así. Un anciano creyente es un don que hay que custodiar).
- Simeón, lleno de gozo, toma a Jesús en brazos. ¡Qué atrevimiento el suyo! Tantos años de espera, siglos en el pueblo, lo han llenado de luz y han hecho de él un testigo de Jesús. Canta y bendice a todos.
- Ana, con muchos años de viuda pero no por eso mujer sombría, se une a la alabanza y habla del niño a los que esperan liberación. Alaba y contagia alegría al pueblo.

Prolonga el encuentro con Jesús en tu corazón. Da un paso hacia Jesús. Encuéntrate con él, con palabras o en silencio. El mejor lenguaje es el amor. Nada puede importar más que encontrarte con Jesús. Agradece el encuentro de Jesús contigo. Acoge la fiesta del Espíritu en ti. Este tiempo de silencio orante nunca es un tiempo perdido.

Sal a la vida. ¿De otra manera? ¿Cómo? Si Jesús te enamora, verás su huella en todo, hablarás de él con tu vida a los que encuentres en el camino, el Espíritu te convertirá en discípulo misionero, contagiarás alegría al pueblo.

2. IMAGINACIÓN DE LOS AMIGOS DEL PARALÍTICO. DE LA CONCIENCIA AISLADA A LA VINCULACIÓN. Mc 2,1-12.



Abre tu vida al Espíritu. Acoge sobre ti la paz y la bendición de Dios. El Espíritu ama tu vida, quiere que estés bien y aumente tu alegría. Desea que vivas en plenitud y encuentres el tesoro que vale más que todas las riquezas del mundo. Te invita a ser discípulo de Jesús, a que lo ames con todo tu corazón. Puedes repetir, si te ayuda, al ritmo de tu respiración, esta invocación: *Ven, Espíritu Santo.*

Nombra las dolencias e impotencias que descubres en tu vida y te impiden caminar. Enfrenta tu realidad tal como es. Hazlo con calma y sin miedo. Tus dolencias, a veces son visibles, otras veces están más escondidas. Jesús, no se avergüenza de tu pobreza ni de tu pequeñez. Te ama tal cual eres. Desea manifestarse y liberarte de tus parálisis.

Déjate querer. Recorre tu historia y recuerda personas que te han ayudado a acercarte a Jesús. Nombra a alguna de ellas. Agradece su ayuda. Ser consciente de lo que recibes es fundamental para tu vida de oración.

Cultiva la mirada evangélica. Puedes leer Marcos 2,1-12, el texto entero o en forma más breve. Trata de cuatro hombres que pusieron a un paralítico delante de Jesús.

“Entró de nuevo en Cafarnaúm; al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa. Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, y él les anunciaba la palabra. Y le vienen a traer a un paralítico llevado entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados.»

Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados -dice al paralítico-: ‘A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.’» Se levantó y, al instante, tomando la camilla, salió a la vista de todos, de modo que quedaban todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: «Jamás vimos cosa parecida.»

Te puedes fijar en estos detalles o en otros que tú encuentres. Medítalos en tu corazón.

- Mírate en el espejo de estos cuatro amigos del paralítico. Superan todo obstáculo con imaginación y ponen al enfermo ante Jesús. Su ayuda es imprescindible, porque “gran mal es un alma sola en medio de tantos peligros” (Santa Teresa).
- Medita el gesto orante: el paralítico, a solas, con el corazón reposando en su pobreza e impotencia, mirando a Jesús. Frente a frente. Jesús le da todo lo que tiene. El paralítico se deja hacer; todo su bien consiste en aprender a recibir.
- Fíjate en las palabras que dice Jesús. Son capaces de cambiar la vida. Al paralítico le invita a levantarse, le da dignidad de ser discípulo del Reino.

Prolonga el encuentro con Jesús en tu corazón. Ahora deja al paralítico y ponte tú ante Jesús. Si te ayuda, coloca un icono de Jesús ante ti y extiende tus manos para recibir de él. Si puedes, dedica a este momento un tiempo más prolongado. La oración no es cuestión de razonamientos sino de encuentro con Jesús, de diálogo amistoso con él. Confíesale tus pecados y dile que realice en ti su proyecto de liberación. Escucha que te dice: “Tus pecados te son perdonados... Levántate”. Agradece su presencia. Entra tú también en el asombro de la gente.

Sal a la vida. ¿Cómo? Como quien ayuda a otros a ponerse junto a Jesús. Hay muchas personas necesitadas. El encuentro con Jesús no termina en la imaginación sino en las obras. Jesús te escoge como testigo de esperanza en medio del pueblo. Bendice y da la paz a los que te rodean.

3. ATREVIMIENTO DEL CIEGO QUE GRITABA MOLESTANDO. DEL MIEDO A LA VALENTÍA. Lc 18,35-43.



Sé valiente. Puedes comenzar tu oración poniendo tu vida frágil en manos de la misericordia de Dios. Orar es de valientes. No pretendas conseguir los frutos de la oración sin que te cueste nada. No vaciles cuando el Espíritu te reclame que des un paso adelante para encontrarte con Jesús. No te sorprendas de que en este mismo momento de oración encuentres resistencias dentro de ti.

Canta y camina. *“Aunque el camino es llano y suave para los hombres de buena voluntad, el que camina caminará poco y con trabajo si no tiene buenos pies y ánimo y porfía animoso en eso mismo” (San Juan de la Cruz).* Ten ánimo.

Acércate con una atención inteligente y amorosa a la realidad. La vida está llena de signos que Dios te regala cada día.

Cultiva la mirada evangélica. Puedes leer Lucas 18,35-43. Trata de un ciego mendigo que se encontró con Jesús en el camino.

“Cuando Jesús se acercaba a Jericó, un ciego estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué sucedía. Le respondieron que pasaba Jesús de Nazaret. El ciego se puso a gritar: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!” Los que iban delante lo reprendían para que se callara, pero él gritaba más fuerte: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”

Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran. Cuando lo tuvo a su lado, le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?” “Señor, que yo vea otra vez”. Y Jesús le dijo: “Recupera la vista, tu fe te ha salvado”. En el mismo momento, el ciego recuperó la vista y siguió a Jesús, glorificando a Dios. Al ver esto, todo el pueblo alababa a Dios”.

Te puedes fijar en estos detalles o en otros que tú encuentres. Medítalos en tu corazón.

- Fíjate en el ciego mendigo. Escúchale gritar llamando a Jesús, que pasa cerca y puede curarle. No puede dejar que Jesús pase de largo, en él está toda su esperanza. Se le asoma la fe en su grito: “Quiero ver, quiero ver, quiero ver”. Si quieres, puedes recordar otros gritos de personas necesitadas.
- Observa que no solo llama el ciego, también Jesús llama. Los dos se buscan, los dos se acercan. Jesús es para todos, también para los que están en la orilla. El ciego deja el manto, da un salto y se coloca junto a Jesús. Comienza el milagro de la esperanza. “Te ha curado tu fe”.
- A la curación le sigue el discipulado. El que ahora ve sigue a Jesús por el camino saltando y brincando de alegría. Cuenta quién le ha hecho ver el mañana de Dios. Con su vida de alegría prolonga a Jesús.

Prolonga el encuentro con Jesús en tu corazón. Ahora deja al ciego, da un salto, deja tus cosas (tu manto) y ponte ante Jesús. No es este el momento de pensar mucho ni de sacar profundas consideraciones, ahora es momento de que estés con Jesús. Aunque te cueste. Nada se consigue sin algo de esfuerzo. No sueltes a Jesús. Háblale, escúchale, míralo, ámalo. Deja entrar a Jesús en tu propia vida. Puedes terminar este paso dando gloria: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Sal a la vida. El encuentro verdadero con Jesús te hace discípulo misionero, persona luminosa. ¿Cómo ocultar la luz que se ha posado en tu orilla? Llevas la luz de Jesús en tus ojos cuando alegras la vida de los demás. Esta capacidad de generar vida nunca se agota si te acercas a beber del hontanar de Jesús. Tu misión es arrancarle al mundo alabanzas al Padre. Feliz aventura.

4. IMPRUDENCIA DE LA MUJER QUE PERDÍA SANGRE. DE LOS MIEDOS Y CÁLCULOS A LA APERTURA CONFIADA. Lc 8,43-48.



Presta atención. Puedes recordar a María y a san José y acercarte con ellos a Jesús. Las cosas más bellas comienzan a nacer en el corazón. Acoge como una gracia muy grande el pequeño deseo que sientes de acercarte a Jesús, de tocar su corazón con tu oración. .

Busca testigos. Lo que te pasa no es obstáculo para acercarte a Jesús, aunque a veces te lo parezca. Hasta lo que te parece imposible puede llegar a ser posible. A tu lado hay más personas de las que te parece que pueden ayudarte a entender esto.

Acércate a mirar. Puedes leer despacio Lucas 8,43-48. Trata del encuentro, casi anónimo, de una mujer enferma con Jesús.

"Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que no había podido ser curada por nadie, se acercó por detrás y tocó la orla de su manto, y al punto se le paró el flujo de sangre. Jesús dijo: «¿Quién me ha tocado?» Como todos negasen, dijo Pedro: «Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen». Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí». Viéndose descubierta la mujer, se acercó temblorosa, y postrándose ante él, contó delante de todo el pueblo por qué razón le había tocado, y cómo al punto había sido curada. Él le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz».

Te puedes fijar en estos detalles o en otros que tú encuentres. Medítalos en tu corazón.

- Ponte en su situación. Doce años enferma son muchos años, muchos días, muchas horas, muchos minutos y muchos segundos. Sin encontrar remedio.
- La mujer corre el riesgo del encuentro. Se atreve a tocar el manto a escondidas. El dolor tan presente la había convertido en invisible. Pero el riesgo de la fe le permite descubrir el amor sanador de Jesús.
- La mujer toca a Jesús y Jesús toca con su fuerza a la mujer. Todo lo que Él toca se hace nuevo, se llena de vida.

Prolonga el encuentro con Jesús en tu corazón. Jesús está contigo, está en ti. Nunca se va de tu lado. Está llamándote y esperándote para volver a empezar. Aprovecha la ocasión. Alarga tu mano, aunque sientas vergüenza, y tócale con la fe. No hace falta que hables mucho, basta que lo toques para experimentar la sanación. Acoge la fuerza y la esperanza que te regala Jesús.

Sal a la vida. Con el silencio de la ternura. Con el agradecimiento sonoro en los adentros. Con el perfume de amor a Jesús que llena de buen olor toda la casa. Con la capacidad de curar con cariño a los que sienten vergüenza de su enfermedad. Puedes ser hoy persona sanada que sana, mirada con amor que mira bendiciendo. Puedes salir y ponerte en medio de la vida como un faro que ilumina a los que están envueltos en la noche.

5. GENEROSIDAD DE LA VIUDA QUE ECHÓ DOS CÉNTIMOS EN EL CEPILLO DEL TEMPLO. DE LA PEQUEÑEZ ESCONDIDA A LA ENTREGA GENEROSA. Lc 21,1-4



Sé fiel a este momento. Puedes comenzar tu oración unido a la Iglesia, sintiéndote familia en camino. Has decidido orar y eso es muy importante. Las dificultades: prisa, múltiples tareas, falta de ganas, sensación de pérdida de tiempo... pueden estar llamando a tu puerta. Por eso puede ayudarte renovar cada día los motivos para estar con Jesús. Hazlo también hoy: ¿Por qué quieres estar con él?

Acoge tu vida en este momento, tal como estás. No siempre descubrirás ganas de orar. Tu oración no tiene por qué ser siempre perfecta, según tu modo de entender la perfección. Lo poquito, lo pequeño - acuérdate del granito de mostaza-, tienen una fuerza increíble. Las distancias más largas se acortan si das un paso.

Acércate a mirar. Puedes leer despacio Lucas 21,1-4. Trata de la mirada de Jesús a una viuda pobre que echó unos céntimos en el cepillo del templo.

“En aquel tiempo, alzando Jesús la mirada, vio a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del Tesoro; vio también a una viuda pobre que echaba allí dos moneditas, y dijo: De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir”.

Te puedes fijar en estos aspectos o en otros que tú encuentres. Medítalos en tu corazón.

- Entra en la escuela de esta viuda, que es maestra de vida. A pesar de ser pobre, es mucho lo que da. ¿Has descubierto en tu vida cuánta sabiduría tienen los pobres?
- Fíjate en Jesús, cómo presta atención a los detalles insignificantes. Pone los ojos en lo más inesperado y ahí encuentra el amor.
- Alégrate del Magnificat con que Jesús alaba a esta mujer. Jesús mide a la viuda no por la cantidad que da sino por la plenitud de su corazón. ¿Estará Jesús esperando no lo que te sobra sino tu propia vida?

Prolonga el encuentro con Jesús en tu corazón. Ábrete al Espíritu, que ora en ti. Renueva en este momento tu encuentro con Jesús. Toma conciencia de que él te está mirando: “Mira que te mira”. Estate con él en ese cruce de miradas amoroso, sencillo. Jesús te lo da todo, dale tú la pequeñez de tu vida con alegría. Pon tu vida en sus manos que él pone la suya en tu corazón. Dale gracias. Siente cómo la presencia de Jesús te va haciendo discípulo del Reino en la escuela de las bienaventuranzas.

Sal a la vida. Obedece y camina en el Espíritu. Sal con sencillez y verdad, sin pretensiones de grandeza. Sintiendo uno más entre los seguidores de Jesús. Quizás te brote, como respuesta, ir por la vida mirando las cosas buenas de los demás, alegrándote por ellas, sin extrañarte de sus debilidades. Tus gestos de entrega solidaria embellecen y dan esperanza al templo del mundo.

6. OCURRENCIA DE ZAQUEO. DE LA FRAGILIDAD AL ATREVIMIENTO. Lc 19,1-10



Agradece este momento. Tu oración acontece en tu interioridad, siempre es creativa y abraza en la comunión los gozos y dolores de la gente. Te preguntas cómo te harás hoy visible a Jesús que pasa, cómo lo descubrirás en los signos que te rodean, cómo saborearás esa presencia amorosa que siempre te acompaña.

Si te ayuda, pregúntate: Llevo mucho intentando verte, Señor. ¿Dónde estás? ¿Tengo miedo de que me descubras tal como soy? ¿Quién es el que se esconde?

Acércate a mirar. Puedes leer despacio Lucas 19,1-10. Trata del encuentro de Zaqueo con Jesús.

“Entró en Jericó y cruzaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa.» Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador.» Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más.» Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.»

Te puedes fijar en estos aspectos o en otros que tú encuentres. Medítalos en tu corazón.

- Fíjate en la alegría que provoca en Zaqueo el encuentro con Jesús. Ahora camina detrás de Jesús empujado por el Espíritu con el viento de la alegría.
- Presta atención. El gesto de detenerse de Jesús, la mirada de Jesús, las palabras de Jesús... hicieron que entrara el amor en el corazón de Zaqueo. Este se olvidó de sí mismo, comenzó a compartir y fue feliz de otra manera. , la necesidad de olvidarse de sí mismo. Desde entonces fue feliz de otra manera.
- La vida de Zaqueo queda orientada hacia Jesús. Su riqueza es ahora Jesús. Zaqueo comienza a vivir el Evangelio compartiendo con los pobres. Su gratuidad desbordante se convierte en un oleaje que llega hasta las orillas. Es una sorpresa en medio del pueblo.

Prolonga el encuentro con Jesús en tu corazón. Baja pronto de tu árbol y escucha lo que Jesús te dice: “Hoy quiero hospedarme en tu casa”. Puedes repetir varias veces estas palabras de Jesús, como un mantra: “Hoy quiero hospedarme en tu casa”. ¡Es tan increíble que Jesús quiera hospedarse en tu corazón herido! Con qué cariño te trata. Nada de reproches. Jesús está contigo, ha venido a buscarte. Ábrele el corazón de par en par, Jesús hará el resto: llegará la salvación a tu casa. Su paso recio puede más que las tormentas.

Sal a la vida. Vete por donde el Espíritu te empuje. Quizás te empuje a ser testigo, a ser signo de esperanza para los que necesitan descubrir que se puede vivir de otra manera, a ser amigo de los perdidos. Del encuentro sanador con Jesús saldrás prestando atención a los ‘invisibles’, a los rechazados, despreciados. Tendrás una conciencia de humanidad, de fraternidad universal. ¿Por quién comenzara tu itinerario? ¿Quién está esperando tu mirada, tu acogida, tu aprecio? No tengas miedo a tus escasas fuerzas, que es Jesús quien va contigo. Llevas contigo su pasión por el Reino.

Apéndice:

ALGUNAS ORACIONES PARA 'RENOVAR EL ENCUENTRO CON JESÚS' DESDE 'LA ALEGRÍA DE CREER HOY'.

Te necesito, Señor

¡Te necesito, Señor!,
porque sin Ti mi vida se seca.
Quiero encontrarte en la oración,
en tu presencia inconfundible,
durante esos momentos en los que el silencio
se sitúa de frente a mí, ante Ti.
¡Quiero buscarte!



Quiero encontrarte dando vida a la naturaleza que Tú has creado,
en la transparencia del horizonte lejano desde un cerro,
y en la profundidad de un bosque
que protege con sus hojas los latidos escondidos
de todos sus inquilinos.
¡Necesito sentirte alrededor!

Quiero encontrarte en sus sacramentos,
en el reencuentro con tu perdón,
en la escucha de tu palabra.
En el misterio de tu cotidiana entrega radical.
¡Necesito sentirte dentro!

Quiero encontrarte en el rostro de los hombres y mujeres,
en la convivencia con mis hermanos;
en la necesidad del pobre
y en el amor de mis amigos;
en la sonrisa de un niño
y en el ruido de la muchedumbre.
¡Tengo que verte!

Quiero encontrarte en la pobreza de mi ser,
en las capacidades que me has dado,
en los deseos y sentimientos que fluyen en mí,
en mi trabajo y mi descanso.
Y, un día, en la debilidad de mi vida,
cuando me acerque a las puertas del encuentro cara a cara contigo.

(Teilhard de Chardin)

Ven a nuestra casa

Señor Jesús,
haznos entrar dentro de nosotros mismos.
Nosotros estamos tentados, solicitados por el exterior.
Todo nos llama,
nos invita a salir de casa y a vivir a la intemperie
donde no hay calor de hogar ni palabras de profundidad.

Ven, Tú, Señor
a habitar en nuestra casa
y ayudarnos a vivir reconciliados en paz
y en cercanía con nosotros y contigo.

Ven tú, Señor,
y pronuncia palabras de perdón
para que las transmitamos a los demás
y el mundo viva la reconciliación
que nace del amor que Tú nos tienes.

Ven Tú, Señor,
y juntos comeremos el pan
que da fuerzas para caminar
hacia el país de la Promesa
donde Tú nos has convocado
y donde el Padre, desde siempre,
ha preparado para nosotros una mesa caliente
y un vino amigo y unos hermanos de corazón nuevo.



Vivir la alegría del Evangelio

Jesús, maestro bueno, queremos seguir tus pasos.
Danos tu Espíritu para aprender a vivir en la alegría.
Queremos despertar cada mañana para alabar al Padre
y cantarle gracias por las cosas que ha hecho.

Te damos gracias, Padre, con alegría y ganas de vivir.
Danos tu Espíritu, Jesús, para descubrir la presencia de Dios en cada instante
y vivir en la alegría del encuentro y la alabanza.
Enséñanos a vivir con alegría los hechos cotidianos de nuestra vida:
la rutina del trabajo, y el pasar de los días.

Que no nos invada el desaliento de estos tiempos.
Que no perdamos la esperanza, la sorpresa, la capacidad de asombro,
la gratitud de encontrarte, caminando, a nuestro lado,
mientras vivimos, crecemos y construimos nuestro proyecto de vida.

Danos tu Espíritu, Jesús, para aprender a encontrar los rastros visibles
de tu caminar entre nosotros.

Ayúdanos a llevar a todos la alegría que nace del Evangelio.
El sentido profundo del vivir. El gozo de saber que hay un camino,
que hay Alguien que nos espera, nos acompaña y nos ayuda.

Que seamos transparentes para poder anunciar,
con nuestra vida entera, la novedad de Jesús y de su Reino.
Que nuestro anuncio y nuestro testimonio
sepan transmitir los valores por los cuales vivió, murió y resucitó Jesús.
Que nos animemos a dar la vida por los otros.
Que nos atrevamos a cambiar la lógica del tener y del consumo,
por la alegría del dar y de la entrega.
Danos tu Espíritu, Jesús, para contagiar al mundo la alegría de caminar hacia el Reino,
la buena noticia del Evangelio, la posibilidad de hacer un mundo nuevo.

Padre, enséñanos a vivir una fe adulta y comprometida.
Que descubra en las tensiones de ser fiel a tu Palabra
una alegría serena, profunda, que llena la vida y la hace fuerte ante las adversidades.
Caminar en tu presencia, seguir los pasos de tu Hijo,
caminar en el Espíritu, no son tareas sencillas, si uno lo quiere hacer
respondiendo a los desafíos e injusticias de estos tiempos.

Sabemos que anunciar y vivir los valores del Reino, traen conflicto interior,
procesos de discernimiento, y, muchas veces, incompreensión y soledad.
También dolor y hasta persecución y martirio.

Aun así, ayúdanos a descubrir, Señor, la alegría
de quienes dieron la vida por el Evangelio.
Testigos de hoy, de ayer y de siempre,
capaces de entender aquello de "si el grano de trigo no muere,
no es capaz de dar frutos...".
Descúbrenos, Señor, la alegría de la entrega generosa,
la alegría de la fidelidad en camino,
la alegría serena de la intemperie por el Reino.

Danos tu Espíritu, Jesús, para aprender a vivir con alegría
y transmitir alegría, nuestro diario testimonio de discípulos seguidores
de aquel que, lleno del Espíritu, pasó haciendo el bien, dando la vida.

Espíritu de Jesús. Escucha nuestra oración.
Ven a nuestro encuentro, cambia ya nuestros corazones
y llénalos de la alegría del Evangelio.

(Marcelo A. Murúa)

